

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 28 de Abril de 1917

AÑO XIII

No se devuelven
los originales

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2

Número suelto
cinco céntimos

N.º 458

Los motivos de creer

Quizás a algún lector de LA CARIDAD al hacerse cargo de algunos artículos, por ejemplo al de hace algunos días acerca de la Resurrección del Señor, calificada de milagro por excelencia, le haya ocurrido preguntar cual es la importancia de este motivo de credibilidad en la economía de la Religión Católica, única verdadera. ¿Cuál es la trascendencia del milagro? Contestaremos en estilo catequístico y vulgar a esta pregunta que son tan esenciales los milagros en sus relaciones, con las creencias católicas que constituyen las garantías, las grandes e irrefutables razones del creer. Los milagros y las profecías son los sellos, es la estampilla real que Dios Nuestro Señor ha puesto al pie de las verdades que se ha dignado manifestarnos en el transcurso de los tiempos y que se hallan depositadas en las sagradas Escrituras, en las tradiciones divinas conservadas de boca en boca (o escritas tal vez.) Todo lo cual se halla en depósito en el seno de la Iglesia Católica, fundada por Jesucristo, Hijo de Dios, para continuar su divina misión de salvar a la Humanidad.

Pues bien; sin esos dos contundentes argumentos no estarían las creencias cimentadas sobre bases incontrovertibles, y los incrédulos hallarían algún pretexto para no abrazar la fe y moral católicas.

Por eso observamos que el milagro no fué obrado exclusivamente por el Redentor, que con ese sello demostró e hizo enmudecer a sus enemigos al afirmar que era Dios, sino que la Divina Providencia ha querido que en la Iglesia Católica existiese siempre esa contraprueba de su divinidad, (por su origen e influencias permanentes.)

Así los apóstoles hacían milagros estupendos que demostraban ser los enviados de lo Alto para la conversión del mundo: los pueblos, por su parte, atónitos delante de esos hechos extraordinarios o mejor sobrenaturales y por tanto de Dios procedentes, se apresuraban a abrazar la Religión Católica, que tales argumentos les ofrecía por medio de sus apóstoles.

Y lo propio aconteció en la sucesión de los siglos, toda vez que el omnipotente mostróse benigno con sus siervos, los santos, y con las almas que quería

atraer, servíase de esos hechos portentosos a fin de acreditar la doctrina y la legítima misión de los grandes santos y así facilitaba el ejercicio del apostolado y el ingreso en el redil de la Iglesia. De San Francisco Javier nos dice la historia, que llegó a ser la función de taumaturgo (o hacedor de milagros) una función habitual y cotidiana, hasta hacerse como dueño de la naturaleza y lo que es más del beneplácito divino, en alterar o suspender cuando lo exigía la gloria de Dios, el juego ordinario de la leyes que rigen en el universo; y hasta los emisarios y colaboradores en el servicio de Dios, y conquista de almas que al glorioso San Francisco Javier ayudaban, disponían con frecuencia, por divina dispensación de este gran acicate y atractivo de las almas hacia la verdadera Religión.

Hoy mismo, haciendo caso omiso de otros hechos, tenemos en Lourdes un verdadero laboratorio, donde con todos sus esplendores se muestra la sabiduría, la omnipotencia, la Misericordia y aún la Justicia Divina. Los repetidos milagros que a la luz del día se digna operar el Señor de Cielos y Tierra y que se cuentan por muchos centenares (la Santísima Virgen es la intercesora), se hallan comprobados por los hombres más eminentes en ciencias médicas y en todos los ramos de las Físico-Químicas. Ahí constan los comprobantes de la imposibilidad científica de obtener esos resultados sobrenaturales. La incredulidad y los que vacilan en este respecto, no tendrán excusa alguna; allí, en Lourdes, tienen la piedra de toque de su conversión, si son honrados, como lo ha sido para muchos otros.

X.

Granos de incienso

¡CHIST!

Entre las virtudes sociales, pocas existen tan importantes como la discreción en el hablar y el saber oportunamente guardar silencio.

«Quien con la palabra no tropieza, es ya perfecto», llegan a decir los Libros Santos.

Instrumento maravilloso es la lengua, que pinta, como el pincel; graba, como el buril; como la música, canta; como el mar, ruga, y ríe y llora y suspira...

Peró cosa temible es también, que hiere, incendia, envenena, corrompe y mata.

Manejar bien ese instrumento tan pequeño y a la vez tan grande, tan poderoso, eficaz y deliado es altamente social y de necesidad absoluta para conservar entre los que viven juntos la paz y la armonía.

Y sin embargo, ¡qué poco nos oímos de ello! ¡qué poco reflexionamos sobre nosotros mismos y sobre el mal uso que hacemos del don precioso de la palabra!

Vivía en cierto lugar una persona cuya lengua de hacha era el terror de vecinos y conocidos. De agudo ingenio y carácter suspicaz, no había honra sana, ni fama segura en aquellos labios delgados y pálidos. Y sin embargo, se le oyó decir un día, con aplomo y convicción profunda: «Hay una cosa que no puedo con ella: el murmurar. No me gusta meterme en vidas ajenas. Cada cual que se arregle como pueda». ¿Sería sincera al hablar así? Lo parecía. En tal caso, hemos de confesar que es bien difícil conocernos a nosotros mismos y que, en particular, tratándose de los desórdenes de la lengua, cabe hacer mucho mal sin casi darnos de ello cuenta. Pero el mal se hace y las heridas, chorreando sangre, quedan abiertas en el corazón del prójimo.

Descubrimiento de defectos más o menos graves, insinuaciones malévolas, frases agrias que brotan de un corazón envidioso y vengativo, juicios atrevidos y poco fundados, reticencias malignas, chismes, enredos, exageraciones, a veces hasta calumnias: he ahí la serie de deslices sobre los cuales hemos de estar muy alerta.

¡Cuántas empresas santas, cuántas asociaciones buenas, cuántos negocios de mucha gloria de Dios se malogran por estas habillitas, por el prurito de charlar, charlar y charlar sin freno, sin discreción, sin advertencia!

Examinémosnos severamente en esto y procuremos la enmienda, y cuando no tengamos confianza de hablar discreta y convenientemente ¡callemos! No hay mejor palabra que la que está por decir.

Imagináos que tenéis delante uno de esos ángeles que en algunos templos se suelen colocar en el santuario, con el dedo puesto sobre los labios y que mirándoos dulcemente os dice: ¡chist!

VIOLETA

Sequedades

Sin dejar de ser gracioso por lo extraño y desusado, es en extremo curioso lo que ocurre en el famoso desierto de Colorado.

En aquel país, el cielo con frecuencia se encapota, llueve al punto, mas se nota que ni tampoco una gota de agua nunca llega al suelo.

De las nubes arrojada, con violencia de ciclón, vese el agua desecada caer a altura elevada de la tierra en dirección.

Mas, siempre queda vacío su fin natural y objeto siendo causas del desvío capas de aire de sequío que la absorben por completo

Así la gracia de Dios, de misericordia lleno, para albergarse en su seno, como a su propio terreno, siempre va del hombre en pos.

Pero a la lluvia del Cielo la absorbe el torcido apelo del misero pecador que cifra todo su amor, en las miserias del suelo...

A. ALFARQUE y BLANCO

Contra la plaga de la blasfemia

Ni la plaga de la langosta, ni de la filoxera, ni de la peste bubónica, ni otra alguna de las infinitas que afligen a los pueblos, es tan perniciosas y degradante como la inmunda plaga de la blasfemia. Todas las inundaciones, heladas, pedriscos, sequías y calamidades con que Dios nos visita frecuentemente son castigos muy leve pero bien merecido de las sacrilegas profanaciones del nombre de Dios con que provocamos la ira divina la gran mayoría de los españoles, unos como auteros de la blasfemia, otros como tolerantes y no denunciadores.

Si los que tenemos fe la tuviéramos tan viva como conviene; si al menos algunos centenares de católicos tuviésemos el verdadero celo de Dios y sintiéramos en el corazón las ofensas a su santísimo nombre, y empleásemos oportunamente contra los blasfemos las armas que la razón y la religión y las leyes ponen en nuestras manos, ese infame vicio hubiera hace años desaparecido ya de nuestros pueblos con gran beneficio de la cultura y moralidad públicas. Por esto merece los más calurosos aplausos y una estatua más alta que la torre Eiffel ese celosísimo e infatigable propagandista catalán don Ricardo Aragó al fundar la *Liga del Bon Mot*, en cuya hoja de méritos hay que consignar casi todas las vigorosas campañas que de seis u ocho años acá vienen realizándose en España en orden a sanear y oriatianizar el lenguaje.

En varias partes se ha ensayado con notable éxito el procedimiento de las denuncias y es lástima que no se generalice.